

Chapter Title: INTRODUCCIÓN

Chapter Author(s): Romana Falcón

Book Title: Actores políticos y desajustes sociales

Book Author(s): Agustín Yáñez, Paul Vanderwood, Moisés González Navarro T. G. Powell, Daniel Cosío Villegas, Harold D. Sims, Moisés González Navarro, Rodney D. Anderson, Mario Gill, Heather Fowler and Manuel Ceballos Ramírez

Published by: El Colegio de Mexico. (1992)

Stable URL: <https://www.jstor.org/stable/j.ctv3dnrcv.3>

---

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact [support@jstor.org](mailto:support@jstor.org).

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <https://about.jstor.org/terms>



This book is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License (CC BY-NC-ND 4.0). To view a copy of this license, visit <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>. Funding is provided by National Endowment for the Humanities, Andrew W. Mellon Foundation Humanities Open Book Program.



*El Colegio de Mexico* is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Actores políticos y desajustes sociales*

# INTRODUCCIÓN

Romana FALCÓN  
*El Colegio de México*

Esta antología de artículos publicados en la revista *Historia Mexicana* forma parte de las celebraciones con que el Centro de Estudios Históricos conmemora sus cincuenta años de existencia. La selección ofrece un recorrido por el tiempo de nuestro pasado y de nuestra historiografía, que muestra ejemplos sobresalientes de dos temas íntimamente relacionados, y en los que esta revista tradicionalmente ha hecho hincapié. El primero se refiere a la enorme diversidad de actores políticos, tomando en cuenta tanto a los que destacaron en la estructura formal del gobierno, como a aquellos igualmente poderosos pero que actuaron en las entretelas de la legalidad. Esta problemática incluye, caudillos, caciques, clanes, líderes revolucionarios, dirigentes de movimientos sociales, facciones de poder, presidentes, gobernadores, funcionarios intermedios y menores, entre otros. El segundo campo se centra en algunas aristas de los grandes problemas y movimientos sociales que hilvanaron la historia de México a lo largo del siglo XIX y la revolución iniciada en 1910; entre los que sobresalen movimientos agraristas, bandidos, guerras de castas, huelgas, organizaciones de obreros y de campesinos.

El tránsito entre 1951 y 1986, en que se publicaron los artículos que comprende esta antología, son un reflejo fiel de las tendencias y los cambios habidos entre los científicos sociales que en México y en el extranjero se ocupan de nuestro

pasado. Dentro de este compás historiográfico son de notar-se varias tendencias. En términos generales, la revista contiene ahora menos trabajos de literatos como Agustín Yáñez, o periodistas de pluma vigorosa como Mario Gill. Los artículos se han ido alejando del ensayo y del reportaje y conformándose dentro de los cánones académicos en boga, lo que entre otras cosas, ha llevado a los autores a ser extremadamente puntillosos en sustentar cada afirmación en extenso material primario. Ello, en buena medida, como resultado de que muchos archivos nacionales y del interior del país han limpiado y organizado sus documentos, al tiempo en que han abierto sus puertas a estudiosos ávidos de información. Las transformaciones habidas en *Historia Mexicana* también reflejan la creciente profesionalización de las ciencias sociales en México, y el hecho de que nuestro pasado se vea no sólo a través del prisma de los historiadores sino del que proporcionan la economía, antropología, sociología, demografía, geografía, política y el resto de las pequeñas parcelas del saber social, algunas de las cuales han presenciado, en estas décadas, un desarrollo espectacular y un enorme refinamiento metodológico. La evolución de la revista también refleja al auge de los estudios regionales, que ofrecen un campo lo suficientemente circunscrito en el espacio como para combatir la fragmentación del conocimiento, sin desaprovechar los logros de la especialización. La fecunda tradición con que México siempre ha contado en estudios regionales, recibió un nuevo impulso a partir de la célebre "invitación a la microhistoria" que en 1973 formulara don Luis González, arrojando un torrente de estudios y de pasión por conocer lo que aconteció en los diversos rincones de nuestro país.<sup>1</sup> Como otras muchas publicaciones, *Historia Mexicana* ha brindado la oportunidad de ir recreando el complejo, y quebrado mosaico del que está compuesto México.

El género biográfico, del cual se incluyen cuatro ejemplos en este libro, ha sido uno de los más socorridos en *Historia*

<sup>1</sup> Luis González y González, *Invitación a la microhistoria* (México, Setentas, núm. 72, 1973).

*Mexicana*, sobre todo en sus primeras épocas.<sup>2</sup> Esta antología se inicia, precisamente, con el primer artículo publicado en la revista, en julio de 1951: un apunte biográfico sobre Antonio López de Santa Anna del gran escritor jalisciense Agustín Yáñez (1904-1980), entonces miembro de su consejo de redacción. Para esos años, Yáñez, que era y es mucho más conocido por su obra literaria, ya había incursionado en el recuento de nuestra historia con dos obras biográficas. “Ha nacido Santa Anna”, el artículo que aquí se incluye, pretendía ser el capítulo primero de una biografía que sobre este personaje central del siglo XIX escribía Yáñez, y que acabó por ver la luz de imprenta póstumamente.<sup>3</sup> Yáñez ubica el carácter, las perspectivas y la ambición de Santa Anna llevando al lector en un recorrido por Jalapa y el puerto de Veracruz a fines del siglo XVIII, por la casa paterna —la de un “noble”, notario y notable—, por los altibajos de su infancia precoz, a través de la exuberancia del puerto y de sus habitantes, donde aún imperaban “los riesgos y el miedo de terribles enfermedades en el clima pestilente y malsano (que) exaltaba el gozo de vivir... tal vez por eso fue impresionable, arrebatado y versátil” (p. 5), hasta desembocar en su temprana obsesión por la carrera de las armas. Uno de los méritos de Yáñez consiste en entrelazar geografía, estructura social e individuo. En su trato cotidiano con las familias y autoridades del lugar, el niño y el joven Antonio López de Santa Anna conoce como experiencia personal las entradas del régimen colonial, y algunos de sus as-

<sup>2</sup> Tomando en cuenta los primeros 150 números de *Historia Mexicana* que abarcan del verano de 1951 a octubre de 1988, existen un centenar y medio de bocetos sobre diversos aspectos de las vidas de personajes tan notables como Lucas Alamán, Lorenzo de Zavala, Matías Romero, Anastacio Bustamante, Benito Juárez, Emiliano Zapata, Álvaro Obregón, Lombardo Toledano, Salvador Alvarado, Lázaro Cárdenas y Venustiano Carranza, entre otros. Ver Alfonso Martínez Rosales, Luis Muro, *Historia Mexicana. Guía del número 1 al 150 (1951-1988)* (México, El Colegio de México, 1991).

<sup>3</sup> Agustín Yáñez, *Fray Bartolomé de Las Casas, obispo de Chiapas. 1471-1566* (México, UNAM, 1941), Agustín Yáñez, *Don Justo Sierra, su vida, su obra, sus ideas* (México, UNAM, 1950); Agustín Yáñez, *Santa Anna, espectro de una sociedad*. (México, Océano, 1982.)

pectos decadentes. De ahí tomaría lecciones que le serían de utilidad la vida entera, entre otras, aprendería “que las leyes, aun las impuestas por un poder con fama de inexorable, como era el español, son ficciones fáciles de violar, modificar, anular” (p. 6). El artículo termina el 27 de octubre de 1821, cuando Santa Anna entra de lleno al mundo del poder, en la victoria de la lucha independentista donde logra concertar la conferencia de Córdoba entre O’Donojú e Iturbide, y cuando sus fuerzas penetran la plaza de Veracruz mientras la bandera española aún ondeaba en San Juan de Ulúa, recordatorio de que las fuerzas españolas no aceptaban la independencia de México.

A la incisiva pluma de don Daniel Cosío Villegas, presidente de El Colegio de México de 1957 a 1963, fundador de *Historia Mexicana* y director suyo de 1951 a 1961, se debe la pieza sobre Sebastián Lerdo de Tejada. En cierta medida, este boceto biográfico formó parte de la monumental *Historia Moderna de México* que sobre la república restaurada y el porfiriato, y dirigida por Cosío Villegas con la colaboración de otros célebres historiadores como don Luis González, y don Moisés González Navarro,<sup>4</sup> constituye una de las más grandes empresas intelectuales de la historiografía mexicana de nuestros tiempos. A pesar de haber sido publicado en octubre de 1967 este artículo tiene rasgos de actualidad. Para empezar, aún faltan por encontrar historiador, muchos filones de los acontecimientos y los personajes que fueron conformando a México durante la república restaurada, su relación con las épocas que la antecedieron y las que le siguieron: el largo gobierno de Díaz, la revolución mexicana e, incluso con el neoliberalismo característico de esta última década del siglo XX. Tanto o más importante es que este artículo enmarca, como bien señalara Cosío Villegas en muchas obras, una de nuestras pocas experiencias históricas en

<sup>4</sup> Sobre la república restaurada se publicaron tres tomos de esta colección en la década de los cincuenta: Daniel Cosío Villegas, *Historia Moderna de México. La República Restaurada*. Cosío Villegas, *La vida política*; Francisco Calderón, *La vida económica*; Luis González y González, Emma Cosío Villegas y Guadalupe Monroy, *La vida social*. (México, Editorial Hermes.)

que, hasta cierto punto, se iniciara una búsqueda consciente por democratizar al país y sujetarlo a un Estado de derecho. El artículo es un contrapunto entre la personalidad y las miras políticas de Sebastián Lerdo de Tejada en contraste con lo que de él opinaron los principales autores mexicanos que hasta ese momento se habían avocado a tratarlo, principalmente con el interés de engrandecer la figura de Porfirio Díaz. Cosío Villegas va mostrando sus inconsistencias, flaquezas y errores. Es un ajuste de cuentas que prepara el terreno para un estudio a fondo de este personaje.

Harold Sims, conocido por una extensa obra que gira en torno a las difíciles relaciones entre México y España una vez concluida la independencia,<sup>5</sup> presenta aquí un trabajo sobre uno de los actores políticos más conspicuos y significativos del siglo XIX y la revolución mexicana: los notables de las regiones, los hombres que, sin que necesariamente mediara un cargo formal de por medio, estaban en la capacidad de ejercer en ellas un gran peso político y/o económico, ya fueran caciques, caudillos, grandes familias empresariales u otros. En su “Espejo de caciques”, Sims toma a uno de los ejemplos más acabados, la familia de Luis Terrazas quien lograra dominar como pocas, una región de la extensión e importancia de Chihuahua. Hijo de españoles distinguidos, Luis Terrazas encontró fortuna política y económica desde mediados de siglo; 1860 marcó la primera de tres ocasiones en que ocuparía la gubernatura. No obstante una relación en principio antagónica con Porfirio Díaz, poco a poco enmendaron los nexos. A partir de 1903, y junto con su yerno Enrique Creel, Terrazas estuvo en posibilidad de monopolizar el aparato formal de gobierno de la entidad, al tiempo en que consolidaba un imperio económico —haciendas, ranchos, ganado, fábricas textiles, ferrocarriles, bancos— de pocos paralelos en el país. El estudio muestra tanto rasgos de flexibilidad como de inflexibilidad del régimen porfirista.

<sup>5</sup> Harold Sims, *Descolonización en México. El conflicto entre mexicanos y españoles. 1821-1831* (México, Fondo de Cultura Económica, 1982) y *La expulsión de los españoles de México. 1821-1828* (México, Fondo de Cultura Económica, 1974).

Por un lado, la relativa independencia de la esfera de los negocios, y la del poder: el hecho de que Díaz no lograra o no buscara acabar el imperio económico de un juarista y lerdistita recalcitrante como Terrazas. Por el otro, Sims prueba como, en ciertos momentos, y en especial al ocaso del régimen, la dictadura permitió a determinadas familias consolidar dominios aplastantes en todos los órdenes de la vida de una región. La profundidad de estas hegemonías acarrearía altos costos para el porfiriato, como quedó comprobado poco después cuando el régimen se derrumbó, y Chihuahua desempeñara un papel estelar en su caída.

Para completar el panorama de actores políticos, esta antología recupera un ensayo que muestra la compleja relación entre líderes y movimientos sociales. "Los Escudero de Acapulco" fue un artículo que viera la luz de imprenta en los inicios de la revista: octubre de 1953. El autor, Mario Gill, publicó frecuentemente en esta década dentro de una sección de *Historia Mexicana* ya desaparecida, "el gran reportaje histórico", donde dio a conocer vigorosos ensayos sobre algunos de los momentos más dramáticos y coloridos de la revolución iniciada por Francisco I. Madero: los orígenes del movimiento agrarista que encendiera los campos veracruzanos en los años veinte y treinta, sobre los pueblos zapatistas, sobre la ciudad de Los Mochis y su entorno como escenario donde calaran las ideas socialistas de Albert Owen, sobre los Flores Magón y los filibusteros segregacionistas en Baja California, sobre "la Santa de Cabora" y la rebelión de Tomochic y Tomosáchic, Chihuahua, en la postrimerías del siglo XIX, entre otros.<sup>6</sup> En este reportaje, Gill describe la lucha que encabezara el joven Juan Escudero, en donde se enfrascaran las clases bajas del puerto de Acapulco contra las opresiones económica y política que se habían vivido en

<sup>6</sup> De Mario Gill, aparecen en *Historia Mexicana* "Zapata: su pueblo y sus hijos", núm. 6, vol. II: 2, oct.-dic. 1952; "Veracruz: revolución y extremismo", núm. 9, vol. III: 1, jul.-sept. 1953; "Heraclio Bernal, caudillo frustrado", núm. 13, vol. IV: 1, jul.-sept. 1954; "Mochis, fruto de un sueño imperialista", núm. 19, vol. V: 3, ene.-mar. 1956; "Flores Magón y los filibusteros", núm. 20, vol. V: 4, abril-junio 1956; "Teresa Urrea, la Santa de Cabora", núm. 24, vol. VI: 4, abril-junio 1957.

este aislado rincón del país a lo largo de los primeros cien años de vida independiente. De este embrionario movimiento social, cargado de tintes socialistas, nacionalistas y antiextranjeros, que alcanzara sus momentos culminantes en la tercera década del siglo, y que fuera sangrientamente reprimido, prácticamente nada se había escrito hasta entonces. Aun ahora hay mucho por conocer de los vericuetos que la revolución mexicana adoptara en el estado de Guerrero.<sup>7</sup>

Un marco general que sirve como trasfondo de los desajustes sociales propios de los siglos XIX y XX, lo que constituye la otra columna vertebral de esta antología, se encuentra en el artículo que Paul Vanderwood elaboró sobre uno de los problemas de más honda huella social: el bandillaje. Experto en esta problemática, y en su contraparte, la institución de los rurales, Vanderwood ofreció con este artículo aparecido en 1984 una síntesis de lo que el público de habla española conocería más ampliamente, dos años después, en uno de sus libros.<sup>8</sup> Los bandidos que este autor dibuja con buena pluma literaria, e investigados con base en un impresionante acopio de información de primera mano —seis archivos y trece periódicos— jamás dejan de ser de carne y hueso. En esta pieza se ofrece, además, un magnífico perfil social de estos personajes que poblaran el campo y la imaginación de los mexicanos, fruto de la inseguridad de los propietarios, de las rutas comerciales, de la lucha faccional en las localidades y, a fin de cuentas de la ineficacia de un poder central empantanado en una guerra por la supervivencia. Vanderwood esboza un recorrido por el siglo. En su inicio, ubica a los bandidos como aquellos que, en la turbulencia del movimiento independentista, el destino forzara a aprovechar las oportunidades de progresar individualmente ante el quebrantamiento de la autoridad real. A estas ban-

<sup>7</sup> Recientemente han aparecido más trabajos sobre la revolución en Guerrero. Sobresale Ian Jacobs, *Ranchero Revolt. The Mexican Revolution in Guerrero*. (Austin, University of Texas Press, 1982.) Este libro ha sido traducido al español.

<sup>8</sup> Paul Vanderwood, *Desorden y progreso. Bandidos, policías y desarrollo mexicano*. (México, Siglo XXI, 1986.)

das fuera de la ley se les siguió por lo vericuetos de guerras civiles e internacionales, de alzamientos campesinos, levantamientos castrenses y guerras de castas, hasta llegar al ocaso del porfiriato. En el transcurso de este largo tiempo, las gavillas de asaltantes aparecen ahora como enemigos, ahora como aliados del ejército, de los propietarios, de los caciques y de los caudillos. Fue la creciente estabilidad lo que marcó su ocaso. En las postrimerías del siglo, conforme México se fue asentando, los adinerados e influyentes que daban vida a los bandidos tuvieron la opción de ya no seguirlos cortejando sino a la dictadura y a su policía rural. Hasta el final, subsistieron, pero ya incapaces de dominar regiones enteras, convertidos en personajes solitarios, muchas veces legendarios.

Esta antología ofrece dos botones de muestra de uno de los conflictos sociales de mayor profundidad y ramificaciones: la afectación de las células básicas del México rural, los pueblos y las comunidades indígenas, que produjo la seguridad que sentían los grupos dominantes de que todas las formas no privadas de propiedad y de organización social constituían un obstáculo para el desarrollo y el progreso de México. Las acciones gubernamentales que se derivaron de dicha certeza habrían de llegar hasta el corazón del México rural. La primera pieza que se incluye en este libro en torno a esta intrincada problemática, "Las guerras de castas" forma parte de la vasta obra de Moisés González Navarro, maestro de muchas generaciones de historiadores, y uno de los conocedores más profundos del siglo XIX y la revolución mexicana.<sup>9</sup> Fundamentado en un cuidadoso acopio de información de archivos y otras fuentes primarias, el autor presenta una panorámica de las sublevaciones que protagonizaran los indígenas de varias y extensas regiones del país a mediados del siglo pasado. Se apuntan aquí las ra-

<sup>9</sup> Entre otras obras de Moisés González Navarro sobre el siglo XIX ver, *Raza y tierra. La guerra de castas y el henequén* (México, El Colegio de México, 1979); *Anatomía del poder en México. 1848-1853* (México, El Colegio de México, 1977); *La colonización en México, 1877-1910* (México, 1960).

zones y el desarrollo de estas formas desesperadas de defensa en que incurrieran los yaquis, mayos, ópatas, seris y apaches en Sonora; diversos grupos de Puebla, México, Michoacán y Oaxaca que en los años cuarenta “devastaron” el “sur” del país; indígenas de la Huasteca, Misantla y Chiapas que se rebelaron al tiempo en que se libraba la guerra contra Estados Unidos; los mayas que protagonizaran la muy sangrienta guerra de castas de Yucatán; así como los indígenas que incendiaran con su rebelión una extensa zona de Hidalgo, Querétaro, San Luis Potosí, y Guanajuato: la Sierra Gorda. La amplitud geográfica de este fenómeno permite al profesor González Navarro no sólo pintar un cuadro que afectó al país entero, con sus debidos matices regionales, sino también contrastar el temor que estas luchas causaron entre la élite gobernante en México, estableciendo paralelismos muy sugestivos con el que en esos mismos años provocaba en Europa la extensión del socialismo. Al igual que sus contrapartes en España y en Francia, los criollos mexicanos, los “de razón”, se horrorizaron por lo que ellos llamaban “guerras de castas”, forma desesperada que asumiera la lucha por la tierra. Se trata, así, de un trabajo muy completo, donde se entrelaza la historia social, política, militar y la ideológica para dar cuenta de las profundas heridas sociales que el país sufriera debido al choque entre indígenas y grupos dominantes, estos últimos, empeñados en combatir las “extravagancias” y “delirios” de lo que consideraban ensayos comunistas y socialistas.

La pieza que esta antología incluye sobre las comunidades indígenas del centro del país, elaborada por Thomas Powell, forma parte del número 84 de *Historia Mexicana*, aparecido en abril de 1972, en el centenario de la muerte de Juárez, y dedicado a revalorar esa decisiva y conflictiva etapa de nuestro pasado. Además del atractivo que ofrece su unidad temática, ese número incluyó otros artículos relacionados con esta misma problemática agraria: uno, de Donald Fraser, sobre la política de desamortización de las comunidades indígenas de 1856 a 1872, y otro de González Navarro sobre la lucha por la tierra en Guerrero en la que figurara

como personaje dominante, el caudillo Juan Álvarez.<sup>10</sup> El trabajo de Powell engarza con el de las guerras de castas como continuación temática avocada a una zona geográficamente más específica. La época liberal, sostiene Powell, significó para el campesinado indígena del centro del país un “periodo trágico” de su historia, ya que la élite dominante veía en los indígenas un escollo fundamental para el México que ellos querían construir. Congruentes con su convicción de que para estimular la economía nacional y reducir las inquietudes política y social había que acabar con las comunidades y las corporaciones, los liberales de la Reforma —como después hiciera el régimen porfirista— atacaron a fondo a las comunidades. Al igual que el maestro González Navarro en la pieza anterior de esta colección, Powell muestra, cómo ante un sistema político incapaz de abrir vías legales y “legítimas” para articular sus intereses, las comunidades se vieron obligadas a intentar defenderse de maneras desesperadas y violentas.

El tema que reúne más piezas en esta colección, es uno que ha presenciado un notable desarrollo historiográfico en los últimos tiempos: el de los trabajadores. En torno a esta problemática se incluye otro artículo de Moisés González Navarro, éste sobre las huelgas textiles durante el gobierno de Díaz —y que fuera el núcleo de un libro posterior—,<sup>11</sup> y que se complementa con el trabajo de Rodney Anderson sobre la crisis laboral de 1906. Este último ejemplifica una virtud de *Historia Mexicana*: dar a conocer partes o la esencia de tesis doctorales aún inéditas.<sup>12</sup> Ya en torno a la etapa de la revolución mexicana, esta antología incluye dos aspectos de organizaciones laborales: uno que se iniciara como movi-

<sup>10</sup> Moisés González Navarro, “La venganza del sur” y Donald Fraser, “La política de desamortización en las comunidades indígenas, 1856-1872”.

<sup>11</sup> Moisés González Navarro, *Las huelgas textiles en el porfiriato*. (Puebla, J. Cajica, 1970.)

<sup>12</sup> La tesis de doctorado de Anderson fue de 1968 y después publicó su libro *Outcasts in Their Own Land, Mexican Industrial Workers. 1906-1911* (De Kalb, Illinois, Northern Illinois University, 1986) que no ha sido traducido al español.

miento regional, en Veracruz, y otro de panorámica nacional, que toma como su centro al sindicalismo católico.

En 1956 González Navarro publicó este trabajo pionero sobre las huelgas de los trabajadores de las fábricas textiles que, en buena medida, se encontraban localizadas en el Valle de México. En él, el autor establece un primer recuento de las condiciones que motivaron dichas formas de protesta obrera: disminución del salario, infructuosas peticiones de aumentarlo, pagos en forma de vales, así como formas de control social dentro de las fábricas, como eran los malos tratos, que en ocasiones llegaban a los golpes, los aumentos de la jornada de trabajo, el trabajo dominical y el nocturno, además de diversos sistemas de multas y castigos. Dentro de este panorama, se ofrecen varios botones de muestra que permiten elaborar retratos de la ideología de los obreros, de la influencia que sobre ellos ejercían autores socialistas y anarquistas, de las respuestas políticas e ideológicas que a todo este malestar dieron las autoridades, los propietarios y la opinión pública. En suma, se pinta un cuadro general de las condiciones extremadamente difíciles que debieron soportar estos trabajadores, retratos que siguen siendo válidos en el panorama historiográfico actual.

Con mucha más distancia de por medio, a sesenta años de que se derrumbara el porfiriato, Rodney Anderson elabora lo que él mismo califica como un intento por revisar las interpretaciones que un buen número de autores habían elaborado en torno a la política obrera del régimen porfirista. Esta pieza de la antología se ubica dentro de la corriente llamada "revisionista", que en los años setenta y ochenta buscara crear una nueva visión historiográfica sobre los orígenes, el carácter y los logros de la revolución de 1910 y, por ende, dio enorme importancia a la valoración de su antecedente inmediato: el porfiriato. Anderson toma como caso de estudio la respuesta del régimen a la creciente intranquilidad que reinaba en los centros obreros de mediados de 1906 a principios de 1907, esto es, el periodo de más intenso conflicto laboral que se viviera en esa era, dado que comprende tanto la huelga de los trabajadores de las minas del cobre en Cananea, como la sangrienta represión de los trabajadores

textileros en Río Blanco, Veracruz. Con base en una cuidadosa recopilación de documentos de primera mano, el autor concluye proponiendo matices importantes en la visión que generalmente se ha imputado a este régimen: que, por lo menos en este caso, Díaz trató de que hubiera una conciliación con los trabajadores industriales, más que reprimirlos a instancias de los inversionistas extranjeros. Es más, que este esfuerzo lo condujo a ciertos choques directos y abiertos con los inversionistas extranjeros. Sin embargo, como subraya el mismo Anderson, ello no invalida que la responsabilidad fundamental de los obreros muertos y ejecutados en Río Blanco haya recaído, en primera instancia, en el anciano presidente. Fue éste, uno de los más crasos errores de Díaz, pero ello, como resultado de la falta de un plan global de reforma, de esfuerzos pragmáticos, personales, ineficaces y equivocados, más que de un intento deliberado y sistemático por reprimir, como primera opción, a los trabajadores.

Heather Fowler, conocida historiadora de la lucha agrarista del estado de Veracruz en los años veinte y treinta de este siglo<sup>13</sup> analiza, en la penúltima pieza de esta antología, los componentes laborales que marcaran el inicio de las combativas organizaciones campesinas de Veracruz. Estos orígenes estarían llamados a ejercer grandes influencias ideológica y política a lo largo de la intensa historia de este movimiento. Fowler demuestra aquí como la Liga de Comunidades Agrarias y Sindicatos Campesinos del Estado de Veracruz debió buena parte de su futuro poderío y organización a los recursos ideológicos, políticos y financieros que resultarían de la feliz conjunción de varios factores: una potente organización laboral, abundancia de líderes capaces y un entorno propicio fomentado por el gobierno local. La autora centra su análisis en una coyuntura: el año 1923, cuando tuvo lugar una importante rebelión que sacudiera el tablero político del país y de Veracruz, lo que permitiría institucionalizar la influencia del Partido Comunista Mexi-

<sup>13</sup> Heather Fowler, *Movilización campesina en Veracruz (1920-1930)* (México, Siglo XXI Editores, 1979).

cano y del Sindicato Revolucionario de Inquilinos con su legendario líder, un sastre tuerto y carismático de nombre Herón Proal. Con estas bases organizativa e ideológica, los campesinos veracruzanos lograrían, en breve, una profunda reforma agraria, así como una influencia que traspasara las fronteras de Veracruz. Se trata, en suma, de un caso particularmente exitoso de cómo ciertos trabajadores lograron aprovechar los márgenes de autonomía regional que todavía se vivían en el México posrevolucionario de los años veinte. Esta relativa libertad, sin embargo, habría de durar poco. En 1933 el gobierno federal arrasaría hasta sus cimientos a este movimiento agrarista.

Un ejemplo paralelo, que borda un tema que hasta cierto punto, había sido tabú en la historiografía sobre la revolución mexicana es la pieza que concluye esta antología. Manuel Ceballos en su artículo, "El sindicalismo católico en México, 1919-1931", que mereciera un premio del Comité Mexicano de Ciencias Históricas, analiza el movimiento social católico posrevolucionario que a partir de los años veinte se sustentara en la Confederación Nacional Católica del Trabajo. Esta agrupación de obreros libres y organizaciones católicas, fue promoviendo un catolicismo renovado, social y reformista que rebasaba las formas y metas de una organización meramente clerical, dominada por la alta jerarquía eclesiástica. Sus fines fueron mucho más ambiciosos; promover los ideales del cristianismo y resistir la progresiva secularización de la sociedad. El método: organizar grupos populares en contraposición a los esfuerzos que desplegab el Estado por dar forma al potencial político de los obreros mediante agrupaciones estrechamente ligadas y dependientes del esfuerzo gubernamental. Después del sangriento conflicto entre católicos y el Estado que rompiera la paz del país en los veinte, éste declaró la ilegalidad de cualquier sindicato inspirado en principios religiosos. Pero, como aclara el autor, el embate a este tipo de sindicalismo provino de las dos jerarquías: la episcopal tampoco estuvo dispuesta a sustentar un catolicismo popular y reivindicativo optando por uno más individual, selectivo y reformista. Sería este enfoque el que modelara las circunstancias sociales y políticas del cato-

licismo en nuestro país, a lo largo de varios decenios por venir.

Por último, cabe anotar el deseo de que esta antología estimule el interés de conocer estos dos ejes neurálgicos de nuestro pasado —actores políticos y desajustes sociales—, a través de las plumas de quienes han escrito en *Historia Mexicana*. A lo largo de cuarenta años ininterrumpidos la revista ha dedicado cientos de páginas a dilucidar estas dos grandes problemáticas, proporcionando una idea clara de cuáles han sido, y cómo han ido variando los métodos, los temas, las preguntas y los enfoques que han ocupado a los especialistas de nuestro pasado. Además de ser un espejo de la historiografía sobre México, la amplitud y claridad de los trabajos que en torno a estos temas ha recogido *Historia Mexicana*, proporcionan por sí mismos un conocimiento sólido, interdisciplinario y multirregional de México en el siglo pasado y en el presente.

Referencias de los artículos incluidos en este volumen, los cuales se publican en edición facsimilar:

YÁÑEZ, Agustín

1951 “Ha nacido Santa-Anna”, I:1 [1], (jul.-sep.), 1-21.

VANDERWOOD, Paul

1984 “El bandidaje en el siglo XIX: una forma de subsistir”, XXXIV:1 [133], (jul.-sep.), 41-75.

GONZÁLEZ NAVARRO, Moisés

1976 “Las guerras de castas”, XXVI:1 [101], (jul.-sep.), 70-106.

POWELL, T. G.

1972 “Los liberales, el campesinado indígena y los problemas agrarios durante la Reforma”, XXI:4 [84], (abr.-jun.), 653-676.

**COSÍO VILLEGAS, Daniel**

- 1967 "Sebastián Lerdo de Tejada, mártir de la república restaurada", XVII:2 [66], (oct.-dic.), 169-199.

**D. SIMS, Harold**

- 1969 "Espejo de caciques: los Terrazas de Chihuahua", XVIII:3 [71], (ene.-mar.), 379-399.

**GONZÁLEZ NAVARRO, Moisés**

- 1956 "Las huelgas textiles en el porfiriato", IV:2 [22], (oct.-dic.), 201-216.

**ANDERSON, Rodney**

- 1970 "Díaz y la crisis laboral de 1906", XIX:4 [76], (abr.-jun.), 513-535.

**GILL, Mario**

- 1953 "Los Escudero, de Acapulco", III:2 [10], (oct.-dic.), 291-308.

**FOWLER, Heather**

- 1970 "Orígenes laborales de la organización campesina en Veracruz", XX:2 [78], (oct.-dic.), 235-264.

**CEBALLOS RAMÍREZ, Manuel**

- 1986 "El sindicalismo católico en México, 1919-1931", XXXV:4 [140], (abr.-jun.), 621-674.

